

Anochece en la ciudad

Por Diego Muñoz Valenzuela

Tal vez esta maldita celda ni siquiera existe dijo la sombra pequeña a la vecina esperando una respuesta. Pero nada vuelve, ni siquiera un gemido. Sólo la noche húmeda, eterna, del calabozo.

¡Te digo que no pueden encerrarnos! insistió ¿No es cierto?... ¿No es cierto?
¡O acaso no ...!

La sombra vecina se estremeció imperceptiblemente, después tosió algunas veces.

No puede durar mucho, Carlitos, no puede durar tosió de nuevo, como si las tinieblas quisieran ahogarlo.

Afuera amanecía y Leonor abrió la ventana del dormitorio. Miró el paisaje con agrado, era un barrio muy hermoso. De pronto sintió frío, o tal vez miedo; allí, justo al frente estaba la vieja casona y de pronto recordó todo. Los sueños, las pesadillas que la perseguían hace semanas acudieron con prisa a su mente, agolpándose confusos. Esa oscuridad horrible y esas sombras que se mueven pesadamente; gritos espantosos, maldiciones, aquellas luces que encandilan de improviso. Golpes sordos, gemidos, chispazos, perros; un líquido que viaja rítmico al piso. Leonor cerró la ventana de un manotazo. No podía comprender la misteriosa asociación que ella misma establecía entre sus pesadillas y la casona.

Debo estar enferma, nerviosa susurró.

¿Qué pasa, mi amor? preguntó alguien desde la pieza contigua.

Nada, nada. Hablaba sola...

Es que me pareció...

Y Leonor rompió a llorar antes de que su esposo alcanzara a abrazarla con fuerza.

La sombra de Carlos tembló de frío, afuera anocheecía, pero allí dentro nadie sabía la hora; tampoco les serviría de mucho saberlo. Eso no iba a cambiar la oscuridad eterna a la que estaban condenados.

Tengo frío.

Ahí vienen interrumpió la sombra de Antonio.

La prisión es botas que se acercan, estruendo de llaves, trueno de puerta y cerradura.

¡Carlos Andrade! aulló alguien sin rostro.

La sombra pequeña se incorporó al oír su nombre.

Vamos a conversar dijeron las botas con tono burlón.

La puerta volvió a cerrarse, y tras ella desaparecieron algunas enormes siluetas. Hacían avanzar a empujones a una sombra esmirriada y silenciosa.

Antonio había quedado solo en la celda. Levantó sus manos que trazaron fugaces trayectorias de fuego en la densa penumbra de la estancia, arremetió contra la puerta dándole puntapiés y puñetazos hasta romperse la garganta. Pero nadie vino por él, y sólo unos terribles latidos en las sienes pudieron detenerlo y hacerle chocar pesadamente contra el piso nauseabundo del calabozo.

Anocheceía, y la señorita Lucrecia, así se hacía llamar la anciana atisbadora del vecindario, observó la casona. Desde que había muerto su hermana gemela, solterona como ella, no tenía más compañía que aquella ventana y los comentarios ocasionales con las vecinas de edad.

Llevaba varios meses observando lo que ocurría en la casa vieja. Durante el día no se notaba movimiento; en la tarde comenzaba el desfile de autos nuevos y furgonetas, jamás alguien a pie. Era muy extraño. Y esas largas antenas de los vehículos, como las que usan los radiotaxis. La mayoría de los coches tenía matrícula extranjera o de provincia; otros no portaban patente o un estratégico brochazo de pintura la ocultaba totalmente.

La furgoneta verde sin patente, entró con lentitud a la casona y la señorita Lucrecia abrió muy bien los ojos; así no perdería detalle alguno.

¡Carlos, Carlitos! ¿Cómo estás? inquirió con dolor Antonio. Carlos, exánime, inconsciente no podía responderle.

¡Carajos!... ¡Las pagarán, estoy seguro!

Un rumor de carcajadas penetró en la mazmorra. La procesión de taconeos fue atenuándose con la distancia.

Allí, allí; esa es la casa: el número y la descripción que nos dieron. ¡Animo, Alicia!... por nuestro hijo dijo el hombre canoso con voz trémula y cansada.

Por nuestro hijo, por nuestro hijo... repitió automáticamente Alicia revolviéndose el rostro con las manos.

La pareja atravesó la calle silente y sombría hasta alcanzar el frontis de la casona, y allí se quedaron abrazados, palpitantes, en un instante más largo que sus vidas.

Alicia acercó el brazo hacia el timbre. Una lejana voz de citófono contestó desde algún lugar de la casa.

¿Quiénes son? ¿Qué desean? el timbre de la voz es metálico y frío, no parece humano.

Leonor dio una vuelta en la cama, y luego otra, agitó las manos entre las sábanas. Se quejó. Un brazo se precipitó a rescatarla de la pesadilla. Leonor, entre sueños, no atinó más que a aferrarse al cuerpo de su esposo.

La señorita Lucrecia abrió aún más sus ojos de lechuza como si así pudiese perforar la oscuridad, pero no distinguió más que dos siluetas muy unidas, confundidas junto a la puerta de la casona.

Queremos preguntar por... empezó Alicia.

En ese preciso momento Leonor despertó sollozando.

La sombra abrió los ojos pausadamente a medida que volvía de la inconsciencia. Los abrió por costumbre nada más, porque en medio de aquellas tinieblas era indiferente mantenerlos abiertos o cerrados. Sólo se percibía la débil y dificultosa respiración de Antonio y una que otra de sus características explosiones de tos.

Lo demás es silencio, oscuridad.

Carlos trató de ponerse de pie, pero los dolores le contuvieron con irresistible potencia. Miles de agujas lo punzaron. La más atrevida de ellas perforó sus genitales. La sombra se contrajo y emitió un gemido. Antonio se acercó más a él, hasta tocar, abrazar con cautela al atormentado prisionero.

An...tonio ... me han ... venido a bus ... car...

Sí, sí, luego vas a salir.

No, viejo m mis pa ... dres vinieron, pero no v voy a ver ... los ya dijo Carlos ya n no ... voy ... a ver ... y un violento espasmo lo hizo perder el sentido.

Dios mío musitó Antonio Dios mío, si podría ser mi hijo y se abrazó al cuerpo extenuado del muchacho con unos inmensos deseos de llorar; pero nada salió de sus ojos, tampoco de sus labios. Algún día, alguna vez, pensó. Algún día, alguna vez.

La señorita Lucrecia vio alejarse a la pareja. En apariencia habían discutido con alguien de la casona, así lo indicaban los ademanes violentos de ambas

partes. Alicia y su marido se sumergieron en la noche, la puerta de hierro se cerró, y la anciana quedó más sola y más intrigada.

Se dirigió al dormitorio vagamente decidida a no preocuparse de la casona hasta el día siguiente.

Siempre lo mismo gimió Alicia no está aquí su hijo, ¿Por qué no va al Ministerio? ¿No estará en el extranjero? ¿No estará oculto por ahí? Si quiere encontrarlo muévase señora, pero aquí no está, aquí no hay nadie prisionero, es una oficina fiscal, nada más... ¡Cómo si no nos preocupáramos! ¿Los oíste, Roberto, los oíste? Oíste, los propios canallas que están asesinando a nuestro hijo tienen la osadía de sugerirnos un camino a seguir. Estoy cansada.

Un día de estos voy a hacer algo más que preguntar.

Y yo ... Alicia se abrazó a Roberto, y se quedaron así largo rato, inmóviles, apenas viviendo o muriendo, esperando.

La lluvia que empezó de súbito consiguió diluir ese abrazo, y ambos se encaminaron con prisa hacia algún lugar de la ciudad.

Leonor, qué te pasa, qué tienes; te llevas el día llorando y no me cuentas nada preguntó con suavidad Andrés, mientras acariciaba el cabello de su mujer.

Es que ... no es nada ... o no sé. son esas pesadillas horribles que te conté, y esa casa vieja del frente; no he visto a nadie allí durante el día, y en la noche esos autos negros, los furgones. Le tengo miedo a esa casa.

Pero mi amor, eso no es lógico dijo Andrés tratando de calmar a su esposa tú no sabes quién vive en esa casa, no puedes suponer que algo malo ocurra allí. No has sido nunca aprensiva, qué te pasa Leonor, qué ...

Allí ocurren cosas horribles, Andrés, cosas que quizás no podemos siquiera imaginar que pueden suceder. No sé por qué, pero los gritos de las pesadillas vienen de la casona, no me equivoco, estoy segura.

Andrés se encaminó a la ventana, miró por entre las cortinas y vio dos siluetas alejándose de la casona. Sintió una amargura inmensa en la garganta al divisar esas personas, y sorprendentemente experimentó una angustia espantosa, opresiva. Quizás debiera relatarle a Leonor sus propias pesadillas, pero no quería contribuir a ponerla más nerviosa. Algo ocurría en esa casa, él también lo sabía. Encendió un cigarrillo, aspiró el humo con fuerza y supo que esa noche no podría hablar más. Apagó la luz y se recostó junto a Leonor. Ninguno de los dos pudo dormir porque esa noche fue más oscura, más larga que todas las otras. El cigarrillo, abandonado por su dueño, terminó de consumirse en el cenicero del velador.

Antonio remeció la puerta, gritó pidiendo ayuda, mientras Carlos agonizaba en un rincón del calabozo. Nadie vino.

Carlos vomitaba sangre en un rincón. Una sombra que se desliza en la oscuridad, nada más. Nadie viene. Alguien gritando frente a una puerta. Antonio rompe los nudillos contra la madera. Alguien grita con desesperación.

Nadie viene, nadie viene...

Antonio se arrodilló, se quedó así, callado, mirando nada; ya ni siquiera escuchaba las convulsiones de Carlos. Sólo era una sombra arrodillada, silenciosa.

Amanecía, y Leonor abrió la ventana que daba a la casona. No pudo mirarla.

Andrés dijo hoy nos vamos.

El marido no preguntó a dónde ni por qué. Se dispuso a hacer las maletas a pesar de que presentía que así no escapaban, no se desprendían de la casona. La paz no la daría la distancia. Había algo que hacer, mucho más que una simple mudanza, aunque de momento no era una mala idea.

Secretamente Leonor pensaba lo mismo. Y al tomarse de las manos ambos se sintieron más tranquilos.

La señorita Lucrecia miró con inquietud el bulto envuelto en lona verde que arrojaron al furgón los hombres de la casona. Entonces supo con certeza que en esa casa vieja ocurría algo extraño y terrible y por primera vez en muchos años, echó a llorar con una tristeza inesperada.

Carlos, con los ojos secos y abiertos, está encogido en su última prisión. El furgón parte desde la entrada. Antonio, enloquecido, pide auxilio para su amigo, pero ya es tarde; golpea, estremece las paredes.

Y mientras la noche cae sobre todos, el furgón corre, aterrador, anónimo, por una silenciosa avenida.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:

<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, tesis, testimonios, discursos, fotos, prensa, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores.